

nos salve por su misericordia, que salve á tantos pecadores extraviados por el error y por el vicio, que salve á la Iglesia mexicana del furor de sus enemigos; que salve al universo.

La bendicion de Dios Padre, y de Dios Hijo, y de Dios Espíritu Santo.—AMEN.

---

SERMON

DE LA

NATIVIDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

PREDICADO EN LA COLEGIATA DE GUADALUPE  
EL 8 DE SETIEMBRE DE 1887

POR EL

SR. PREBENDADO LIC. D. VICENTE DE PAUL ANDRADE

---

*Fundamenta ejus in montibus sanctis.*

Sus fundamentos están colocados en  
las santas montañas.

Ps. LXXXVI.

Respeto, como debe ser, el sentir de un varon tan sábio como piadoso, que en una de sus mejores producciones manifiesta que nada le apenaba tanto como tener que hablar de la Santísima Virgen..... Os confieso, sin embargo, que no puedo imitarlo, al contrario, encuentro el mayor regocijo al verme en el deber de hablaros de Ella. Porque si considero á María en sí misma, ó en la eleccion que Dios hizo de Ella; sus privilegios singulares, sus abundantes gracias, sus progresos tan prontos en la virtud, ese aumento tan continuo de méritos y de gloria; si considero las relaciones que tiene con nosotros: que es nuestra reina, nuestro apoyo, nuestra madre, nuestra única esperanza, como la llama San Epifanio; nuestra fia-



dora con Dios, como escribió San Agustín; nuestra médiana con el Mediador, según expresión de San Bernardo; el remedio á todos nuestros males, en opinión de San Buenaventura; nuestra paz, nuestro gozo, nuestro consuelo, al decir de San Efrén; en fin, nuestra gloria y nuestra corona, y todavía más: nuestra vida y nuestra alma, usando el lenguaje de otros Santos Padres. ¡Qué materiales tan ricos y suficientes para sostener la elocuencia por débil y estéril que sea! ¡Qué dicha tener que tratar de una madre en la que hallamos todo, de una madre que nos profesa tanto afecto, que tanto nos ama, y á la que creo también amamos por las razones tan sólidas que para eso tenemos! Por otra parte, el orador sagrado lo que más debe procurar es la salvación de su auditorio, ¿y puedo daros mejores pruebas del celo que me anima, sino inspiraros una grande confianza en el poder y ternura de la Madre de Dios? Nada hay más capaz para hacerlos felices y santos, según mi deseo, como el amor que hacia María tengais hasta el último suspiro. Una sola cosa me causaría dificultad en esta ocasión, y sería el ocuparme de María recién nacida, pero vereis que aun así se me ofrece un vasto campo. Al contrario, si se tratara de otro personaje en iguales circunstancias, ¿qué podría decirse de un niño recién nacido? Sea que se considere como se encuentra en esos momentos, sea que se examine su porvenir, sea que se vea lo que ha hecho y se conjeture lo que hará, ¿qué materia de elogios pueden hallarse? En sus primeros instantes es un hombre, es cuanto se puede decir. ¿Acaso es perfecto, ó más bien una masa de carne á la que un soplo de vida apenas da respiración? ¿no es un conjunto de humores sin consistencia? ¿un ente que acaba de nacer, pero que no se diferencia del bruto, sino en que tendrá después de mucho tiempo el uso de la razón? Sobre su porvenir, ¿qué se puede prever? que estará sujeto á mil miserias; no se sabe si será bueno ó malo, sabio ó estúpido, valiente ó cobarde, si la fama lo cubrirá bajo su égida, ó si será un

sér olvidado; en una palabra, nada ha hecho y se ignora lo que hará.

No así respecto á María, aunque esté recién nacida: ya ha hecho mucho y hará mucho más; su vida está detallada muchos siglos antes en los Sagrados Libros, y nunca los evangelistas podrán escribir más de lo que predijeron los profetas.

María viene al mundo colmada de méritos y lo colmará de bendiciones y felicidad.

Ved si el desarrollo de esta proposición me facilitará hacer su panegírico considerando lo que ha sido desde su Inmaculada Concepción hasta su feliz nacimiento y lo que será en el curso de su vida en atención á sus antecedentes, méritos y virtudes las más consumadas.

Sobre esto os voy á entretener en esta mañana que por primera vez os dirijo aquí la divina palabra, mas ayudadme á solicitar un auxilio que no encuentre en mi pequeñez, dirigiéndonos á la que aclamamos como Asiento de la sabiduría y saludándola con el AVE MARIA.

## PRIMER PUNTO

María, desde que comenzó á existir, fué una criatura perfectísima, ora en el orden de la naturaleza, ora en el orden de la gracia; y desde ese momento dió á ese fondo de perfección toda la extensión que era capaz de darle y él de recibir. Tal era la abundancia de sus méritos aun antes que naciera. Ciertamente es, que después del alma de Jesucristo, la más hermosa que se crió fué la que Dios puso en el cuerpo de la Santísima Virgen en el instante en



que fué concebida; no sólo fué la más perfecta y excelente de todas las obras del Criador, sino que para hallar algo en la naturaleza más grande, es preciso acudir hasta su mismo autor; *opus quod solus Opifex supergreditur*, com-dice San Pedro Damiano. ¡Cuántas luces! ¡cuánta solidez y elevacion en esa inteligencia! ¡cuánta docilidad! ¡cuánto fuego y ternura en esa voluntad! ¡cuánta suavidad y encanto en las pasiones! ¡cuánto orden entre ellas! ¿Dónde se han hallado alguna vez inclinaciones tan arregladas, tan racionales y tan conformes á los movimientos de la gracia, un carácter tan dulce y tan susceptible á las impresiones del Espíritu Santo? A esta alma tan privilegiada el Señor unió un cuerpo digno de ella, de suerte que el gran San Dionisio confiesa no podía verlo sin deslumbrarse, y que habría adorado á la Santísima Virgen como una deidad, si la fe no le enseñara que en el mundo no hay más que una sola. Advirtiéndole que esta celestial criatura descuidó su belleza, y que la admirable impresion causada á ese santo no podía atribuirse, como muchas veces sucede, á los atavíos de las mujeres mundanales. Además, la Santísima Virgen tenía al menos cincuenta años cuando el sábio areopagita había recibido la fe de Jesucristo. ¿Qué diría si la hubiese visto en su infancia? Y ¿qué dirémos, Virgen Santísima, tus hijos al entrar al cielo ante esa brillante hermosura que se verá en su plenitud, enriquecida con tantos aumentos infinitos cuantos has recibido, realzando como el mayor encanto del em-píreo celestial, despues de Dios, suavizada con ese aire tan lleno de bondad y de ternura con que nos acogerás y recibirás en tu seno?

No es ya una opinion, sino felizmente un dogma de fe que desde el primer instante en que esa alma criada con tantos privilegios y unida á ese hermosísimo cuerpo, fué santificada, es decir, que María fué concebida sin pecado, que la mancha del pecado original no la ensució, y que tuvo además el perfecto uso de la razon: por consiguiente, su espíritu fué ilustrado con todas las luces de la sabi-

duría y enriquecido con todos los conocimientos naturales y sobrenaturales. Pero ¿cuál fué la medida de esa gracia y de esos dones, y cuál el uso primero de su razon? Esa gracia fué tan copiosa, que todos los teólogos aseguran que era superior á la que se concedió á todos los santos y á todos los celestes espíritus: *Virgo sanctificata fuit in utero supra omnes sanctos et omnes angelos*. Es decir, que en ese primer instante, la Santísima Virgen fué más santa, más agradable á su Criador, más digna de su amor y de sus complacencias que todos los predestinados juntos, de manera que si el Señor hubiera podido conservarla ó no, sin dificultad habría destruido ese número infinito de ángeles, mayor al de los hombres que hubo y que habrá; habría dejado en la nada tantos millones de mártires, vírgenes y confesores; más bien que no conservar á esta criatura, apenas formada y salida de sus manos.

Si consideramos los dones naturales, fué la más acabada de las criaturas, y solo en Dios puede haber más perfeccion; las cualidades que en otros son fruto de la experiencia y del estudio, en María fueron incomparablemente superiores: fué más sábia y más ilustrada que todos los que han pasado largas vigili-as leyendo ó meditando sobre sublimes verdades y sobre la direccion de graves asuntos.

Si consideramos sus dones sobrenaturales, desde ese tiempo gozó la felicidad celestial, vió á Dios y en El todo lo que las más altas inteligencias nunca verán; así me lo enseña Teodoreto, secundado por otros Padres y sábios teólogos.

Pero si á lo que ha sido ya desde el primer instante de su vida, se agrega el uso que ha hecho despues, se descubre un campo vastísimo. Baste decir que desde entonces hizo todo lo que podía hacer con ese inmenso fondo de gracias, con todas esas disposiciones tan ventajosas de que acabo de hablar. Ninguno de sus talentos naturales, ninguna de sus cualidades infusas jamás estuvieron ociosas, todas dieron su fruto. Desde luego su entendimiento